

# **UNA GRATA NAVIDAD.**

**Alejandra Llobregat Rodríguez**

**2º ESO B**

**3ª categoría.**

Era una mañana grisácea de otoño cuando sucedió el accidente. El escritor Arturo Cepa se levantó como de costumbre, tomó el desayuno de siempre, llevó a su hijo Carlos a la escuela y volvió a casa para trabajar en su relato. Para él era un día normal y corriente, un día en el que nadie espera que pase algo tremendamente horroroso.

Curiosamente, el escritor no conseguía inspirarse y salió a dar un paseo. En su camino encontró que exponían pinturas nuevas en una sala cercana a su piso. “Por la tarde vendré a verla con Carlos, que hoy es viernes y sé que le va a gustar” pensó nuestro protagonista. Llegó la tarde y el niño volvió a casa. Se encaminaban hacia la sala cuando oyeron una voz:

- ¡Mira, mamá, es Carlos y su padre! ¡Hola!

La vocecilla pertenecía a Hugo, un amigo de la escuela de Carlos. La figura del niño se iba acercando sacudiendo la mano, y un poco más atrasada su madre con cara de apuro.

-Buenas, chicos, ¿Cómo os va? - preguntó la mujer.

-Genial, gracias. - dijo Arturo.

-Papi voy a jugar un rato ¿Puedo? - dijo Carlos con esos ojos oscuros de cervatillo que le caracterizaban.

-Claro, pero ten cuidado – le advirtió su padre.

Y el niño salió corriendo mientras se reía.

Dos minutos después los adultos conversaban mientras los dos infantes jugaban con una pelota.

- ¡Mira el lanzamiento que he aprendido! - exclamó Hugo.

Y el niño chutó con todas sus fuerzas. El balón salió disparado y Carlos fue tras él.

El muchacho no se dio cuenta y la pelota acabó en la carretera, no se paró.

Arturo salió corriendo cuando vio que un coche se acercaba velozmente atravesando la calle.

El vehículo arrolló al niño, y este falleció en el acto.

Después del accidente, Arturo se volvió una persona sombría, y sin ganas de vivir. Había adoptado a Carlos siete años atrás, cuando solo era un pequeño. Desde el accidente, todos los días se levantaba sin ganas, no escribía nada.

Una tarde, recibió una llamada de su hermana, que residía lejos de la ciudad.

-Hola, ¿Cómo vas? -preguntó la voz preocupada al otro lado de la línea.

-Bien- mintió él.

-Escucha, he estado pensando... Tengo un viaje de negocios que va a durar unos días, y papá y mamá no se pueden quedar con Ángela...

- ¿Dónde quieres llegar? - dijo Arturo con voz cansada.

-Te quería preguntar que si te podrías quedar con ella esos días y así conoce Madrid- concluyó la mujer.

-Ah, esto... ¿Cuándo sería?

-Del veintidós al veinticinco- contestó.

-Lo pensaré- dijo él y colgó el teléfono.

Ángela era su sobrinita de cinco años a la que había visto tres veces en la corta vida de la niña, y por lo tanto, no se conocían muy bien.

“¿Qué puedo hacer?” Murmuró el escritor para sus adentros. No tenía ganas de decidirlo en ese momento, así que comió algo y se fue a dormir.

Llegó el día nueve de diciembre y nuestro protagonista seguía sin tener una respuesta a la disyuntiva que le había planteado su hermana. Esa noche tuvo un sueño extraño: Su hijo sentado en el sofá del salón, sano y salvo, se dirigía a él.

-Pensaba que eras valiente papi, me has decepcionado. - expuso el infante seriamente.

-Pero... ¿Y si le sucede lo mismo a ella? - dijo el escritor.

-Creemos que es por tu bien- Respondió un coro que salía de todas partes y de ninguna.

-Todos lo creemos- añadió Carlos con una sonrisa.

De repente, la habitación empezó a desmoronarse: las paredes, los muebles, incluso el techo comenzó a caerse a cachos.

-¡Tírate a la piscina!. - Bramaron el coro y el niño.

Arturo se despertó sobresaltado, con el pijama sudado. Eran las ocho de la mañana y cogió el teléfono. Ya se había decidido.

El veintidós de diciembre fue un día especial. Sobre las doce nuestro protagonista se encaminó a la estación de Atocha. Llegó al andén y vio dos figuras, una alta y delgada y otra pequeña que sujetaba una maletita rosa. Se podrían usar muchos términos para describir a su sobrina pero, sin duda, el que más le cuadraba era “presencia angelical”. La niña no era en absoluto tímida y se puso a saltar diciendo “¡Hola tío! ¿Qué tal? Oye, ¡qué alto eres!”.

-Bueno que os lo paséis bien, me tengo que ir ya para no perder el tren -dijo su hermana-. Y pórtate bien, pequeña - añadió abrazando a su hija.

Cogieron el metro para llegar a casa y la niña se sorprendía por lo grande y lo lleno de gente que estaba todo. Al llegar ya eran la una y media.

- ¿Qué te apetece comer? - preguntó él- Aunque antes tenemos que deshacer esa maleta tan chula que llevas.

-Quiero pasta con tomate y salchichas- respondió ella.

Cuando estaban desempaquetando el equipaje, Arturo se dio cuenta de que su sobrina era una niña muy obediente y trabajadora. “Me encanta mi habitación, me encanta mi habitación” canturreaba. Comieron y la muchachita se quedó dormida un buen rato a causa del viaje. Nuestro protagonista aprovechó para escribir un poco. Nada, no conseguía escribir una sola palabra. Empezaba a desesperarse de estar tanto tiempo observando el papel en blanco cuando Ángela despertó. Por la tarde hicieron turismo por el centro y vieron las luces de Navidad que adornaban la ciudad. La niña estaba maravillada, le centellaban los ojos de alegría, haciendo que el escritor recordara a su hijo. Volvieron a casa y, como los dos estaban cansados por la caminata, se fueron a dormir pronto.

Durmieron hasta tarde, la pequeña hizo deberes y el hombre limpió la casa. Después fueron a tomar una hamburguesa y al Museo de Ciencia y Tecnología. Los dos se lo pasaron en grande con los experimentos interactivos de la exposición.

Finalmente llegó Nochebuena. Pusieron el árbol y demás decoraciones y Arturo casi se cae colocando la estrella, provocando las risas de ambos. El escritor cocinó una cena deliciosa: pavo con patata asada y una espesa salsa. Acompañada por los correspondientes polvorones, la cena llenó plenamente a nuestros protagonistas. Cuando Arturo acostó a su sobrina se sentó en el suelo a contemplar las luces del abeto, rememorando las navidades pasadas con nostalgia. No pudo evitar que las lágrimas llenaran sus ojos y se derrumbó completamente.

Entonces notó la presencia de su sobrina en el umbral de la habitación.

La niña se acercó a su tío y le dio un abrazo.

-No llores, no estás guapo si lloras. Ya me dijo mamá que el primo Carlos se fue al cielo con Dios, yo también estoy muy triste, pero...- dijo ella entre sollozos.

Él le devolvió el abrazo y, al cabo de un rato, la muchachita se durmió y la llevó a su cama. El escritor se sentó en su mesa y vio el folio lleno de palabras que no habían sido escritas todavía. No durmió, pero redactó ocho páginas enteras a un ritmo frenético.

Llegó la mañana y Arturo acabó el regalo que tenía para su sobrina y sacó el que le había comprado. Ángela se levantó y corrió hacia el árbol diciendo “¡Ha llegado Papá Noel!” Abrió el paquete a gran velocidad.

- ¡Me encanta! - exclamó levantando la muñeca como si fuera un trofeo.

Acto seguido le entregó el cuento que le había escrito y ella se lo agradeció plenamente.

Antes de ir a la estación, la pequeña Ángela le dijo a su tío que quería ir al Retiro. Cuando llegaron, ella se puso a hacer volteretas torpemente por el césped y él se tumbó debajo de un árbol. Cerró los ojos, con la mente en blanco, un momento de paz absoluta... De repente, un grito le despertó de su ensimismamiento:

- ¡Mira, tío, he subido al árbol!

-Ten cuidado al bajar, a ver si te vas a hacer daño.

-No pasa nada, lo tengo todo controlado- dijo ella- ¡Ale-hop! - y cayó perfectamente de la rama donde se había subido.

Se dirigieron hacia la estación. En el andén estaba su madre y la niña corrió hacia ella.

- Espero que lo hayáis pasado bien.

- Sí, mami, ¿Verdad que sí? - y el hombre asintió.

- Bueno ya va a salir el tren, despídete del tío...

- ¡Adiós! - canturreó la pequeña - Te voy a echar mucho de menos – añadió en un susurro.

- Y yo a ti, pequeñaja... Anda, que vais a perder el tren.- Y se fue.

“Qué buenas navidades” pensó Arturo.